

Quitados los oscuros embarazos
 Con resplandor del sol recién venido,
 Hinchimos cantidad de calabazos
 Vuelta ceniza con agi molido;
 Porque si les hiciésemos pedazos,
 Volados al lugar fortalecido,
 Los polvos que tocasen las narices
 Pudiesen menealles las cervices;
 Reconocido por negocio cierto,
 Que con la fuerza de los estornudos
 No tenía vigor el mas esperto
 Para se reparar con los escudos;
 Y así podrian dar en descubierto
 Las flechas y los jaculos agudos,
 Porque tales industrias son arduas
 De que caribes usan en sus lides.

En este parecer determinados,
 Hecha de muchedumbre viva rueda,
 Teniamos los vuestros rodeados
 Como corles en el arboleda:
 Vuelan los calabazos, y quebrados
 Dentro se levantó gran polvareda;
 Todos en estornudos son iguales,
 No siendo salutíferas señales.

Por entre palos hacen buen empleo
 Los que quieren estar con advertencia;
 Pues cuando de los cuerpos hay meneo,
 Impelidos de aquella violencia,
 Los bárbaros cumplian el deseo
 Que daba prontitud y diligencia,
 Para poder encaminar la flecha
 Donde con harto daño se desecha.

El breve batallon anda turbado,
 Unos heridos, otros ya sin vida;
 Quitamos luego palos del cercado,
 Por donde se metió tal avenida
 Que ningún español hallaba vado,
 Remedio, ni esperanza de huida;
 Solos diez alentados de buen brio
 Por defensa tomaron un hubio.

Pareciónos tenellos en pibuelas,
 Y dado fin á la cruel reyerta;
 Mas ellos con espadas y rodela
 Defienden el entrada de la puerta:
 Cortan á tantos las vitales telas,
 Que huellan todos sobre gente muerta;
 Arana y maestré Joan, un cirujano,
 A quien alcanzan no lo dejan sano.

Viendo pues tantos indios en el fuerte
 Que de vivir quitaban esperanza,
 Jugaron ambos la postrera suerte,
 Acrecentando siempre la matanza:
 En tal manera ya, que de su muerte
 Tomaron antes della la venganza,
 Encaminando sus crueles manos
 A los que se mostraban mas lozanos.

Oyéndolo sus gentes, de corridas
 Procuraron mostrarse con ventaja;
 Y así por acabar las tristes vidas
 De aquellos por quien tanto se trabaja,
 Tiraron muchas flechas encendidas
 Para quemar la casa que es de paja,
 La cual, como tuviese flacas ramas,
 Consumieron en breve vivas llamas.

Ardor de valentia se mitiga
 Porque desconfianza los ligaba;
 Impetuosa llama y enemiga,
 Los bajos y los altos ocupaba:
 Calor intolerable los fatiga,
 El fumoso vapor los ahogaba;
 Eso me da lo flaco que lo fuerte,
 No tenía que ver sino la muerte.

Como nos acontece si cazando
 Cercamos las zavasas en el fuego,
 Que lo que aqui y allí se va juntando,
 Y varios animales salen luego
 Algun lugar seguro rebuscando,
 Uno medio quemado y otro ciego,
 Y adonde quiera halla cazadores,
 Opuestas llamas, humos y calores;

Así los tristes desaventurados
 Las puertas del vivir tienen cerradas,
 Pues se vian de fuego rodeados,
 Por indios las salidas ocupadas;
 Y así cayeron todos chamuscados,
 De flechas las entrañas traspasadas,
 Y aun en los cuerpos ya sin sentimiento
 No cesaban castigos y escarmiento.

Con esto dimos fin á la revuelta
 Y concluimos toda la jornada,
 Muerta de nuestra gente la mas suelta,
 Y la que quedó vida lastimada:
 Enterramos los nuestros, y á la vuelta
 A Diana hallamos aborceda,
 Que viendo de los vuestros la caída
 No quiso sin su vida tener vida.

El vivo finalmente, y el difunto,
 Ha metido las manos en la masa,
 El poder de la isla vino junto
 Sin señalarse número ni tasa;
 Y aquesta es sin esceder un punto
 La cierta relacion de lo que pasa,
 No los querais vengar, pues está claro
 Que cada cual nos cuesta harto caro.

Oidos los sucesos inhumanos,
 No dichos por semejas ni barruntos,
 Sino por quien metió los piés y manos
 Relatando la guerra por sus puntos;
 Hicieron diligencias de cristianos,
 Que fué rogar á Dios por los difuntos;
 Y en el lugar do fueron descompuestos
 Pusieron cuatro versos, que son estos:

*Hæc Cruz ostendit sedatum sanguine litus
 Gentis, quæ ignotus, primum migravit ad Indos,
 Sæpe preces longas pro victis fundite, namque
 Unius ob noxam cunctos mala fata tulerunt.*

Este lugar adornó Con oración, con ayuno,
 Aquesta cruz soberana, Sé por ellos importuno,
 Porque aqui se derramó Y con piadosos modos,
 La primer sangre cristiana Pues por la culpa de uno
 Que al nuevo mundo pasó. Aquí perecieron todos.

ELEGIA III.

A la muerte de FRANCISCO BOVADILLA, donde ansimismo se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, y otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.

CANTO PRIMERO.

Engrandezca Melpómene su llanto
 Con discursos de mas calamidades,
 Alentando mi voz y ronco canto
 En otra multitud de variedades;
 Aunque no cantaremos tanto cuanto
 Han menester particularidades,
 Solamente daremos orden cómo
 Se digan las que fueren de mas tomo.

Hecho pues por Colon el sentimiento
 Que á los amigos muertos se debía,
 Luego determinó buscar asiento
 Donde poner la gente que traía:
 Las velas manda dar al manso viento,
 Por la banda del norte hace vía,
 Hasta tanto que vió lugar decente,
 Do sacó los ganados y la gente.

Puerto seguro fué donde procura
 Largar las anclas y amainar la vela,
 De buenas playas y cabal fondura
 Para nave mayor que carabela;
 Por entonces allí hacen cultura
 De ciudad que llamaron Isabela,
 A la contemplacion que el nombre muestra
 Por Isabel la santa reina nuestra.

Luego nombró de la mayor nobleza
 Para regir personas fidedinas,
 Y vista desta isla la grandeza,
 Dió tierras á las gentes peregrinas:
 En el Cibao hizo fortaleza
 Para los que labrasen en sus minas,
 Dicha Santo Tomás, porque creyeron
 Habellas desde que ya los ojos vieron.

Mandándole que dellas no se quite,
 Para la defension de sus partidos,
 Al alcaide don Pedro Margarite
 Con cincuenta soldados escogidos;
 Y que para labrallas ejercite
 Indios en tales usos instruidos,
 Los cuales y ansimismo gente nuestra
 Cada dia sacaban mejor muestra.

Todo lo necesario se les lleva
 Para desentrañar estos veneros,
 Y hecha dellos conviniente prueba,
 A nuestros reyes hizo mensajeros;
 Un Pedro Gorrvalán llevó la nueva
 Con cantidad crecida de dineros:
 Muéstranse favorables y propicios
 A tan heroicos hechos y servicios.

Acabados de dar estos asentios,
 El Hércules insine y animoso
 Tomó de sus soldados los doscientos,
 Conсорcio principal y valeroso
 Para continuar descubrimientos,
 Pareciéndole mal mucho reposo:
 Y para gobernar las demás gentes
 Quedaron sus hermanos por tinientes.

Apartado Colon destos lugares,
 Todos los españoles que quedaban
 En sus repartimientos de solares
 Con un vivo fervor edificaban,
 No sin graves pasiones y pesares
 De los indios, que todo lo notaban;
 Los cuales, viendo cosa tan de veras,
 Dieron en no hacer sus sementeras.

A lo cual estas gentes conmovian,
 Porque faltándoles mantenimientos,
 Así los que de España se traian
 Como los que ellos daban por momentos,
 Los nuestros morirían ó se irian,
 Viendo que perecian de hambrientos;
 Y así, por aliojar en su cultura,
 Sobre todos cayó la desventura.

Porque los alimentos consumidos
 Que de nuestra nacion por mar venian,
 Para ser de los otros socorridos
 Los nuestros á los indios acudian;
 Los cuales, por estar desprovvedos,
 De pestilencial hambre perecian.
 ¿Que palabras serán aquí bastantes
 Para decir miserias semejantes?

Pues á cualquiera parte donde fueres
 Hallaras por los campos divertidos
 Hambrientos los maridos sin mujeres,
 Las mujeres hambrientas sin maridos,
 Los hijos sin regalo, sin placeres,
 De paternal regazo despedidos,
 Chupados, consumidos, y de suerte
 Que eran propio retrato de la muerte.

Bien como las abejas en enjambre
 Vagaban, olvidados sus asentios;
 Sin alimento fresco ni fiambre,
 Sin sentido, sin fuerzas, sin alientos:
 Al fin, debilitados de la hambre,
 Caian de quinientos en quinientos,
 Tendidos por los campos y riberas
 Por cebo de las aves carniceras.

No hizo mortandad tan gran cadena
 En la ferocidad del rey Atila,
 Ni tanta por los campos de Ravena,
 Gente que España y Francia recopila,
 Ni turco por Belgrado ni Viena,
 Cuando sus moradores aniquila,
 Ni del gran Taborlán la brava hueste,
 Cuantas aqui causó tan grave peste.

Pueblos pudieras ver sin moradores,
 Que todos los dejaban y huian;
 Intolerables eran los hedores
 Que purísimos aires corrompian;
 Y ansimismo los nuevos pobladores
 No menos desventuras padecian,
 Pues sus mejores ratos y mas ciertos
 Era hacer fosados para muertos.

Allí los arrojaban á montones,
 Juntos los principales y notables;
 Oh cuántas quejas, cuántas maldiciones
 Sonaban en la furia destos males,
 Abominando todos los Colonos,
 Por les hacer dejar sus naturales!
 En tratos, en palabras, en figura
 De hambre cada cual era pintura.

Traian los cabellos erizados,
 Los ojos en las cuencas muy metidos,
 Los labios en color amortiguados,
 Los dientes descarnados, carcomidos:
 Los cueros á los huesos van pegados,
 De pálido color como teñidos;
 Sin ninguna cubierta las estillas,
 Y claras y patentes las costillas.

Otros hubo tan gordos de hipatos
 Como si prometieran nuevos partos,
 Comiendo hasta suelas de zapatos
 Con el grande hervor de verse hartos:
 Y consumidos ya perros y gatos,
 Daban tras las culebras y lagartos,
 Sumos regalos eran los cories,
 Hutias, mohuyes y quemies.

Al tiempo que lo tal acontecia
 En el lugar que tengo referido,
 Don Pedro Margarite padecia
 No menos confusion en su partido;
 Pues de la poca gente que tenia
 Las dos partes habian perecido,
 Y créese por vello desta suerte
 Que le pudieran indios dar la muerte.

Pues para defension no son cabales
 En tiempo tenebroso ni con lumbre,
 Mas dióle gran seguro destos males
 Su buena condicion y su costumbre;
 En ser bien quisto destos naturales
 A quien no consintió dar pesadumbre,
 Pues viendo que comida no tenían
 No les importunaban, ni pedian.

Pero viéndolo tan enflaquecido,
 Secas y consumidas las mejillas,
 Un indio principal, de comedido,
 Le presentó dos vivas tortollillas;
 Mostrósele muy bien agradecido,
 Dando por recompensa mil cosillas;
 El indio no las dió con tal intento
 Mas en efeto se volvió contento.

Viendo las pajarillas y presente,
 Entre tanto que Dios mas provyese
 Fué muy importunado de su gente
 Las mandase matar y las comiese,
 Y que se holgarian grandemente
 De que por ellos esto se hiciese,
 Pues era poco cebo para uno
 Y para tantos menos que ninguno.

En esta tempestad que tantos doma
 El mosén Pedro dijo como bueno,
 «Pues todos padecemos la carencia,
 No es justo proveer un solo seno,
 Y que mireis vosotros, y yo coma,
 Y esteis todos vacios é yo lleno.»
 E luego por un término galano
 Soltó las tortollillas de la mano.

No van las tortollillas al desgaire
 Estendiendo sus alas por los vientos,
 Antes con ligerísimo donaire
 Volaron y dejaronlos hambrientos;
 Y todos con los papos llenos de aire
 Quedaron como hartos y contentos,
 Encareciendo de comun sentencia
 Su valor, su virtud y su prudencia.

Entre las otras cosas sucedidas
Donde estaban las otras compañías,
Flacas, atribuladas y afligidas,
Con hambre de gran número de días,
Un hombre padeció graves heridas
Dadas por un mancebo, Miguel Diaz,
El cual tuvo por bien, visto su cargo,
Hacerse por los montes a lo largo.

Huyendo por aqueste desatino
La pena del delito recelando,
Por tierras nunca vistas peregrino
De gentes enemigas confiando,
A la parte de sur hizo camino,
Isla de mar á mar atravesando,
Adonde balló gente mas lucida,
Muy sana y abundante de comida.

Por las orillas va de fresco rio,
Bien puesta poblacion y populosa,
De cierta mujer es el señorío
No menos avisada que hermosa:
Parecióle ya grande desvario
Jornada tan al claro peligrosa;
Pero viéndose dentro de la danza,
Destos salvajes hizo confianza.

La hambre lo sacó de la montaña,
Cuyos extremos son muy atrevidos,
Los indios de ver cosa tan estraña
A gran admiracion son conmovidos:
Con señales de paz los desengaña,
Y con grandes suspiros y gemidos,
Haciendo conocer por los meneos
Su gran necesidad y sus deseos.

Los indios lo bajaron de aquel viso
No sin alborotada compañía,
Deseando del tal tener aviso
Si viene contra ellos por espla;
Diéronle de comer como lo quiso,
Cosa que bien al caso le hacia,
Y con el gran rumor que se publica
Llevaronlo delante la caieca.

El cual, con una muestra mesurada,
Por señas ofrecia su servicio,
Y es cierto que después de su llegada
En estas gentes hubo gran bullicio;
Porque por ser preseca señalada
Quisieran hacer della sacrificio;
Pero la dicha reina destas gentes
Mirábalo con ojos diferentes.

Pues con gran aficion de su captivo
Juzgaba por pesado desconcierto
Matar al miserable fugitivo
Que viene por hallar seguro puerto;
Y deseaba mas gozallo vivo
Que por sus santuarios vello muerto:
Es mozo, gentil hombre, desbarbado,
Y así quiso tomallo por eriado.

Favorecia mucho su partido,
Y libre ya del mal que represento,
Mostróle por semblante conocido
Su muy libidinoso pensamiento;
Finalmente, tomólo por marido,
Y celebró con él su casamiento,
Y el tiempo que duró peregrinando
En ella y en sus tierras tuvo mando.

Dijole que hiciese paz y guerra
De preseas, riquezas y tesoro,
Descubrióle secretos de la tierra
Y entre ellos caudalosas minas de oro;
Notaba de los llanos y la sierra
Su gran fertilidad y su decoro,
Y el dicho Miguel Diaz grandemente
Deseaba traer allí su gente.

En aprender vocablos cada día
Vivia con grandísimo cuidado,
Ella con gran regalo le servia,
Y fué por su respeto respetado:
Mas aunque por extremo la queria
Deseaba salir de mal estado,
Y de tan gran grandeza dar noticia
Con alcanzar perdon de la justicia.

Andando pues con este presupuesto,
Buscaba coyunturas y razones
Para por algun modo bien compuesto
A la india decir sus intenciones;
Ella que via bien su triste gesto,
Le dijo: «si valiesen mis razones,
Grande deseo tengo que me digas
La causa de tus penas y fatigas.»

El Miguel Diaz dijo: «pues, señora,
Mi tristeza tenéis tan conocida,
Yo conozco que sois mercedora
De principes, y dellos ser servida;
Pero Miguel cristiano, Haxa mora,
Entrambos juntos hacen mala vida,
Es menester que cumplas mi deseo
Creuyendo firmemente lo que creo.»

Ella le dijo: «luego se concluya
Aquello que, señor, por bien tuvieres,
Para que tu salud no se destruya,
Y de mi voluntad no desesperes
Creuyendo ser ajena de la tuya;
No queriendo yo mas de lo que quieres,
A tí cumple decirme de qué suerte,
Que yo te seguiré hasta la muerte.»

«El efeto tenemos entre manos,
Si quisieres mostrarte diligente
En ir á llamar luego tus hermanos
Llevando compañía de mi gente;
Porque teniéndolos aquí cercanos
Yo los sustentaré bastantemente,
Que bien sé cómo viven y sus modos,
Y cómo ya de hambre mueren todos.»

Pues como la caieca respondia
Con lo que Miguel Diaz tiene gana,
Semejantes palabras le decia
Con rostro y apariencia cortesana:
«¿Cuándo podré servir, señora mia,
Oferta de merced tan soberana?
De mas de qué la vida que sostengo
Es vuestra, pues que yo por vos la tengo.»

«Quiero cumplir aquese mandamiento
Para poder gozar merced tan llena,
Que yo sé que vernán en el momento,
Y todos lo ternán á dicha buena;
Con ellos no terné detenimiento
Por me tirar acá de la cadena.»
La india se holgó de la respuesta,
Y mucha gente hizo luego presta.

Aderezóse buen matalotaje
De joyas y preseas, ricos dones,
Por ablandar la furia y el coraje
Que contra él tenían los Colonos;
Púsose con los indios en viaje
No sin dolor de entrambos corazones,
Y como fué por via bien guiada,
En pocos días hizo la jornada.

Con escuro llegó como discreto,
Y atrás dejando gente que llevaba,
A tales intenciones va sujeto
De primero saber lo que pasaba;
Y aquel con quien trató de su secreto
Cualquiera sinsabor aseguraba,
Porque su contendor estaba sano
Y sin necesidad de cirujano.

Destos negocios bien asegurado
Y cierto de la vida del paciente,
Luego se vió con el adelantado
Bartolomé, caudillo desta gente;
Que como de su casa fué criado,
Fué luego perdonado blandamente,
Y hizo, dando fin á novedades,
Entre los enemigos amistades.

Hechas aquestas cosas, otro día
Que después desta noche fué siguiente,
Llegó la gran caterva que traía
Con el necesarísimo presente:
Alentóse la triste compañía
Con muestra de comida tan patente,
Al Miguel Diaz dueñas y varones
Echaban un millon de bendiciones.

Dió mas á los Colonos embajada
De parte de su dama la caieca,
Y en totuma de oro bien labrada
Muestra de mina grandemente rica,
Y para la nacion desconsolada
Hartura y abundancia les publica;
Y así por ver socorro tan divino
Deseaban volar este camino.

A cabo ya de tres ó cuatro días
Que dió la relacion tan verdadera,
Bartolomé Colon con Miguel Diaz
Determinaron ir á la lijera,
Por no mover aquestas compañías
Sin hallar los asientos y ribera;
Fueron también soldados codiciosos
Y fray Buil con ciertos religiosos.

Caminaron por pasos conocidos
De quien guiando va por la floresta;
Fueron por el camino proveídos
Siempre con abundante mesa puesta:
Llegados todos fueron recebidos
Con grandes aparatos y gran fiesta,
Las calles y las plazas enramadas
Y de flores y rosas tapizadas.

Ver la señora luego se procura
Dentro de su cercado de dos puertas,
A quien no le faltaba hermosura
Con un no sé qué don de gracias ciertas:
Cubierta por de yuso la cintura,
Las demás proporciones descubiertas,
Muy llena y adornada su persona
De lo que por acá llaman cacana.

Allá por ciertas formas los copetes
Compuestos por encima de la frente,
Que parecían crestas en almetes,
Sembrada mucha perla trasparente;
En los molledos ricos brazaletes,
Fino collar con águila pendiente,
Riquisimos pomares de chaquiras
Con piedras esmeraldas y zafiras.

Habia muchas dueñas y doncellas
En la casa real, que la servían,
Y eso me da las feas que las bellas
Por el mismo nivel se componían;
Y así generalmente todas ellas
De grande desengaño se vestían,
Pues no cubrían sayas ni ropones
Las buenas ó las malas proporciones.

Entrando pues Colon al aposento
Con aquella no vista compañía,
Ella los recibió con el contento
Y término que vió que convenia,
Sin le faltar razon ni cumplimiento
De llena y acabada corteza;
Y estas primeras vistas acabadas,
A todos hizo dar buenas posadas.

Otro día la vieron ansimismo,
Y el padre fray Buil, como debía,
Dijo las excelencias del batismo
Por un indio ladino que traía,
Con aquella razon de catecismo
Que tan alto negocio requeria;
Ella mostró contento de sabello,
Y sintió bien y estuvo bien en ello.

Puesta con contricion en buen camino,
El sobredicho padre determina
De dalle sacramento tan divino
Y de llamalla doña Catalina;
Bartolomé Colon fué su padrino;
Honróse de la gente peregrina,
Regocijense los padres y los hijos
Con bailes y con otros regocijos.

Acabada la fiesta y el sarao,
Determinó la nueva convertida
De enviar á las minas del Cibao
Gente con abundancia de comida,
La cual acompañó micer Girao
Con gente nuestra bien apercebida,
Y fué necesarísimo convite
Al noble mosén Pedro Margarite.

Después de socorrer estos varones
Con fortuna mejor y mano diestra,
Conocidas las grandes aficiones
De que los dos amantes hacen muestra,
El fray Buil les dió las bendiciones
Por orden de la Iglesia madre nuestra,
Y fueron los mestizos que este tuvo
Los primeros que en estas tierras hubo.

Visto por el Colon ser todo cierto
Lo que mis breves versos han contado,
Determinó también mirar el puerto,
Y lo halló ser bien acomodado;
Hizo con la caieca su concierto
Para traer su pueblo fatigado,
Con que el río tuviesen de por medio
Hasta poder hallar mejor remedio.

Pues como quien padece gran aprieto
Con larga dilacion se desconsuela,
Bartolomé Colon, como discreto,
En socorrer los suyos se desvela;
Y para dar el orden con efeto
Determinó volver á la Isabela,
Haciendo cortesana despedida
Del Miguel Diaz y de su querida.

Recebió de la india ricos dones
Ansí de oro como pedrería;
Tuvo sus cumplimientos de razones,
Ni cortos ni de grande demasia;
Dióle regalos, dióle provisiones,
Y para las llevar gran compañía,
Con la cual, que sus pasos fué guiando,
Llegó donde lo estaban esperando.

Dió nuevas á la gente castellana
Diciendo: «ya cesó la desventura,
Pues habemos hallado tierra sana
Y llena de grandísima hartura;
Por tanto disponeos de mañana
Para ir á hacer nueva cultura,
Desterrando de vos toda tristeza,
Pues tenéis entre manos gran riqueza.»

Aquel que mas entonces desconfia
Despierta con tan buena confianza;
No se puede decir el alegría
Que el pueblo recibió de su mudanza;
Y para ir á ver lo que decia
Cualquiera brevedad era tardanza;
Pues al son de los sonos que esto cantan
Hasta los mas enfermos se levantan.

Como presos que en cárcel envejecen
Estando detenidos tras las redes,
Esperando las penas que merecen
Sin otra confianza de mercedes;
Y en un momento todos desaparecen
Si por ventura rompen las paredes,
Y no les dan fatigas ni cuidados
Las mantas y colchones rezagados;

Ansí por ir en ciertas carabelas
Porque por mar hacian el viaje,
Dejaban setecientas alhajas
Sin querer esperar otro pasaje;
Antes apriesa dan todas las velas
Hasta que ya llegaron al paraje,
Donde surgieron quinto día justo
Del mes que nos nombró César Augusto.

El año fué de mil y cuatrocientos
Con otros cuatro mas sobre noventa;
Desembarcaron todos muy contentos
En la parte que ya se representa:
Puerto bien amparado de los vientos
Y poco combatido de tormenta,
Y aquella gran distancia de ribera
Labrada y cultivada donde quiera.

Ozuma por allí tiende su boca,
Y hace la ciudad bien proveida,
Y hoy es imperio donde se convoca
Incógnita nacion ya conocida;
Rodéala la mar con fuerte roca
Que de sus bravas ondas es herida,
Santo Domingo ponen al asiento,
Porque tal día fué su fundamento.

Cómienza cada cual con prestas manos
De fabricar adonde se metiese,
Y allí se recogieron los hispanos
Por querer la caica que ansi fuese:
Pero por movimientos soberanos
Colon no quiso que permaneciese,
El almirante digo, y sus soldados,
Que vino después destos ya mudados.

Holgó de las mudanzas y concierto
Hecho con Catalina la caica:
Gran contento le dió también el puerto,
Y muestra de oro grandemente rica;
Dió cuenta cómo había descubierto
La isla que se dice Jamaica,
Y otras muchas que no son memoradas
Por ser secas y desaprovechadas.

Después que descansó con sus varones
Dejó por algún tiempo los navios,
Por calar mas adentro los rincones
Y desta isla ver los señoríos;
Descubrió prepotentes poblaciones,
Magnificas riberas, ricos rios,
Y luego consultó con sus hermanos
Poblar otros dos pueblos de cristianos.

El uno fué la villa de Bonao,
Y el otro Santiago de la Vega,
Donde fué capitán micer Girao,
Y catedral iglesia se congrega;
Sacó de los peligros del Cibao
Al noble mosén Pedro su colega,
Mas por alcaide de la fuerza queda
El capitán Alonso de Hojeda.

Ordenadas las cosas en que toco
Segun la brevedad nos encamina,
Al pueblo de la Ozama me convoco,
Do Cristóbal Colon se determina
Que dél se pasen todos poco á poco
A la parte de doña Catalina;
Mas el efeto principal fué cuando
Ya gobernaba Nicolas de Ovando.

Mas comenzó Colon la tal mudanza
A las otras riberas de la Ozama,
Debajo voluntad y confianza
Del dicho Miguel Diaz y su dama,
Por ser asiento de mejor templanza
Y que por mas llanura se derrama;
Y así hicieron en aquel asiento
Casas con mas zanjado fundamento.

El bosque su lugar desembaraza,
Escómbranse las playas destos mares,
Dan á su poblacion graciosa traza,
La gente principal y populares,
Señálase la iglesia, dase plaza,
Repártense por orden los solares:
En los cuales andaban negociados
Capitán, escuadrones y soldados.

En esto colocaban pensamientos,
Porque la principal plática era:
« Terná mi casa tantos aposentos
Aquí será zaguán, allí escalera. »
Otros andan abriendo los cimientos,
Otros acarreaban la madera,
Otros igualan sabios oficiales
Y buscan necesarios materiales.

No se ve por allí floja la mano
De la mayor edad ni mozo tierno,
Porque ya por la sierra, ya por llano,
O van ó vienen con hervor eterno,
Ansi como hormigas en verano
Buscando los sustentos del invierno:
Bajos y altos, rústicos, discretos,
A la justa labor están sujetos.

Veréis llenos caminos y calzadas
De hombres naturales y novicios,
Veréis en muchas calles señaladas
Usarse diferentes ejercicios,
Veréis levantar casas torreadas,
Veréis crecer los altos edificios,
Veréis cómo la isla se hacia
Principio desta nueva monarquía.

Veréislos ansimismo mal parados
Con males que la nueva tierra cria,
Veréis algunos tiempos ya pasados
Volver á su lozana gallardia,
Veréis arrastrar sedas y brocados
De que galán y dama se vestia,
Veréis ir en aumento los caudales
Y las sagradas rentas y reales.

Veréis labrar madera con estremos,
Talar el alto monte y arboleda,
Traella por la mar con vela ó remos,
O ya con torpe rastra, ya con rueda;
Pero porque después proseguiremos
Desta ciudad ilustre lo que queda,
Vanos á lo que mas en pronto llevo,
Haciendo para ello canto nuevo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colón y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron.

No les puede dañar benevolencia
A los que fueron bien afortunados;
Mas tengo yo por cierta la sentencia
Dicha por los presentes y pasados,
Que prósperos sucesos con prudencia
Pocas veces están acompañados;
Y en estos menos veces hay mudanza
Guiando sus negocios con templanza.

Esta dicen faltar á los Colonos;
Pues como sus riquezas van creciendo,
Y van en crecimiento linchazones,
Mil buenos afrentando y abatiendo;
Y así las españolas condiciones
Con llena libertad de gran estruendo
Formaban cada dia gran querrela,
No sé si con razon ó fuera della.

Mas sé que de las tales turbaciones
Y pesadumbre que se padecia,
Hubo muertes, azotes y prisiones
Que el doto fray Buil reprehendia,
Pareciéndole mal las sinrazones
Y aquel rigor notable que corria;
Encontráronse todos ellos luego
Avivando las llamas deste fuego.

Pues visto no bastar reprehensiones
Para templar aquellos movimientos,
Con entredichos y descomuniones
El fray Buil seguía sus intentos;
Para satisfacerse los Colonos
Privábanlo de todos alimentos;
Unos y otros andan de mal arte,
Y con harta pasion de cada parte.

No falta susurron que el fuego ceba,
Y así prevaleciendo desafueros,
Las orejas del rey tocó la nueva
Dada por diferentes mensajeros;
Mas como no constó bastante prueba
Por tener cada parte sus terceros,
El rey mandó venir á Joan Aguado,
Que no lo fué para cualquier cuidado.

El rey le dió sus cartas de creencia,
Poder para las causas copioso
Despachóse con grande diligencia,
Por ser perjudicial mucho reposo;
Despidióse de la real presencia,
Prosigue su viaje trabajoso,
Vidose con la gente descontenta
Año de cinco sobre los noventa.

Pregónanse reales provisiones
Con otros bastantísimos recados,
Obedecido fué destos varones,
Ansi de libres como de culpados;
Hizo con retitid informaciones
Con hombres buenos desapasionados,
Resultaron de las litispensiones
Contra Colon algunas impaciencias.

El Joan Aguado, visto que le daña
Al Cristóbal Colon algun mal seso,
Mandó que se partiese para España
Y en corte se presente como preso;
Desto se recibió pasion estraña
Por la balanza del contrario peso,
También, aunque por términos mejores,
Fué fray Buil y otros competidores.

Partieron finalmente destos mares,
Las inquietas ondas navegando,
Y delante los reyes singulares
Llegó Colon y su contrario bando;
Tuvieron muchos dases y tomases
Ante la majestad del rey Fernando;
Fué Cristóbal Colon reprehendido
Y á su primer honor restituído.

En tanto que el Cristóbal padecia
Estas inquietudes y vaivenes,
Bartolomé Colon acá regia
Siendo coadjutor Roldán Jimenez,
Entre los cuales no menos habia
Algunos sinsabores y dedenes,
Porque las cosas que Roldán ordena
Bartolomé por malas las condena.

Conocidos aquellos movimientos
En las parcialidades de los nuestros,
A las armas dirigen sus intentos
Caciques poderosos y hombres diestros,
Creiendo que serán sus vencimientos
No dudosos, escuros, ni siniestros,
Siendo desta consulta la persona
De aquella gran mujer Anacaona.

Aquesta fué mujer de Coanabo,
Hermana del cacique Behechio,
Querida destos dos por todo cabo
Y respetada del demás gentio;
Y aun de castidad fué menoscabo,
Para guerras no tuvo pecho frio;
Esta pues, el negocio conocido,
Determinó hablar á su marido.

« ¿ Es posible tener tanta blandura
Los tristes y alligidos corazones?
¿ Es posible que pierda coyuntura
Venganza de tan grandes sinrazones?
¿ Y que para matar á gente dura
De la mano solteis las ocasiones,
Siendo la mayor parte dellos idos,
Y los que restan ya mal avenidos? »

« Volved, volved las armas á las manos
Y còbrese la libertad perdida,
Acaben crudelísimos tiranos,
Causadores de nuestra mala vida;
Esfúercense los mozos y los canos
Para tomar enmienda merecida;
Porque si buscan horas convinientes
Mejores no las hay que las presentes. »

« El campo tienen ellos por seguro,
Pues de nosotros nadie se recela,
Solamente se velan con escuro,
Y aun esto con turbada centinela;
Aquellos baluartes de su muro
Bien puede deshacellos la candela;
Quitemos de nosotros esta plaga
Antes que mas por tiempo se rehaga. »

« Si muerte temporal estais temiendo
Con juicios de vanas opiniones;
Y qué mayor que estar siempre muriendo,
Con tantas y tan grandes aficiones?
¿ No veis cómo nos vamos consumiendo?
¿ No veis desiertas nuestras poblaciones?
¿ No veis lamentaciones de viudas
Y casadas, de todo bien desnudas? »

« ¿ No veis todas las sierras y los llanos
Llenos de calaveras y de huesos,
De hijos, y de padres, y de hermanos,
Muertos en tan tiránicos escesos?
¿ Qué diré de los vivos y los sanos,
Cuyos agravios vemos mas espesos,
Pues que de muerte son sus esperanzas,
Sirviéndoles en minas y labranzas? »

« Oh grave sujecion, oh gran afrenta
Para quien libre della se gozaba!
¿ Cuál es el corazon que no revienta
Llorando? » Y aun también ella horaba
Al tiempo que estas cosas representa,
O ya de compasion, ó ya de brava;
De tal suerte, que el indio su marido
De su persuasion quedó vencido.

Doliéndose de vivos y defuntos
Y de la sujecion de nuestras leyes,
Concertáronse pues en breves puntos,
Para dar libertad á tantas greyes;
Y sin mas dilacion partieron juntos
A convocar los principes y reyes,
Con determinaciones mal seguras,
Pues no daban seguro sus venturas.

Hay en la gran provincia de Jaragua,
Entonces de grandísimo gentio,
Un bello y admirable lago de agua
Cerca del cual moraba Behechio,
Hermano de la niña que esto fragua
Y rey de muy estenso señorío,
Belicoso varon, sabio, prudente,
Y en valor de riquezas eminente.

Y estando por ventura descuidado
De semejantes guerras y pasiones,
Llegaron la hermana y el cuñado
A dalle cuenta de sus intenciones;
Y para perfeccion de lo tratado
Ella supo decir tales razones,
Que pudo despertar para su hecho
Olvidados furores en su pecho.

Holgóse de lo ver Anacaona
Con tan impetuosos accidentes,
Y de cómo juró por su corona
De convocar sus deudos y parientes,
Y de no le faltar por su persona
Con dos ó tres mil buenos combatientes;
La cual, visto que estaba de su banda,
Por otros reinos lleva su demanda.

Otro lago demás de lo que cuento
Hay en las altas sierras encumbradas,
Donde Nizao hace nacimiento,
Las orillas del lago despobladas
Por el alborotado movimiento,
Y voces espantosas, mal formadas;
La terribilidad del cual estruendo
A todos los mortales es horrendo.

Es tal aquel murmurio, que no pueden
Comportar sus ruidos los humanos,
Ni menos entender de qué proceden
Las voces los vecinos comarcanos;
Y aun el dia de hoy también escuden
Los mas altos ingenios castellanos,
Y huyen con recelo de la pena
De llegar á la parte donde suena.

Mas dos se concertaron cierto dia
De ver aqueste lago muy de veras:
Un hidalgo llamado Joan Mejía,
Con otro mozo Pedro de Lumbreras;
Fueron aquestos dos en compañía
Subiendo las aspérrimas laderas;
Y aquel ruido, como vocería,
Cuanto mas se llegaban mas crecía.

Con ruido de tanta pesadumbre
El Mejía paróse de turbado,
El Pedro de Lumbreras con mas lumbrere
Hizo su paso mas apresurado,
Hasta que ya llegó sobre la cumbre
Y vido bien el lago memorado,
Tiempo que dijo tres veces el credo
Con gran temor y descompuesto miedo.

Tendió la vista por los derredores;
Pero no vido mas que el agua y cielo,
Y las terribles voces y clamores
Que le hacian erizar el pelo;
Crujíanle los dientes con temblores,
Y así se bajó luego con recelo,
Al lugar do dejó la compañía,
Del cual bajaron ambos á porfía.